

LAS GUERRAS DE TONY BLAIR: ¿CUESTIÓN DE PRINCIPIOS O EXCESO DE «HUBRIS»?

Tony Blair ocupa ya un lugar destacado en la historia política del Reino Unido: incluso sus críticos más implacables reconocen que, salvo Winston Churchill y Margaret Thatcher, ningún político británico ha tenido un impacto comparable sobre su país en los últimos cien años. Salvo que ocurran acontecimientos verdaderamente inesperados en los pocos años que le quedan como Primer Ministro, el dirigente laborista seguramente será recordado sobre todo por dos motivos: sus tres victorias electorales consecutivas y su participación en la Guerra de Irak. Lo primero no resulta excesivamente sorprendente si se tiene en cuenta que, al igual que Thatcher, Blair siempre consideró que su tarea más acuciante no sería otra que la refundación de su propio partido político, esfuerzo que requirió una notable renovación generacional e ideológica. En cambio, nadie supo predecir el notable protagonismo internacional que habría de adquirir con el paso de no muchos años. Durante su breve pero intensa etapa como líder de la oposición, entre 1994 y 1997, apenas mostró interés por la política exterior, debido, fundamentalmente, a que la renovación del partido laborista requirió toda su atención. Ciertamente, antes de tomar las riendas del partido había viajado por el mundo en busca de ideas y estrategias que pudiesen serle de utilidad, y las había encontrado en Australia y Estados Unidos, pero las lecciones aprendidas versaban sobre asuntos internos, relacionados con la renovación ideológica que ocupó casi todo su tiempo durante aquellos años. La di-

Charles Powell es profesor de Historia de la Universidad San Pablo-CEU.

mención exterior tampoco jugó un papel destacado en la decisiva campaña electoral de 1997, entre otros motivos porque su postura en relación con el papel del Reino Unido en Europa –recuérdese que en aquellos momentos apoyaba la participación de su país en la moneda única, aunque posiblemente no de inmediato– podía resultar controvertida. Puede afirmarse incluso que ningún Primer Ministro del siglo pasado había llegado a Downing Street con menos bagaje internacional.

A pesar de ello, casi de inmediato Blair se embarcó con entusiasmo en la tarea de perfilar un programa de acción exterior propio, fruto, en no poca medida, de una reflexión personal sobre los dilemas que planteaba a las democracias occidentales el uso de la fuerza en conflictos internacionales por motivos humanitarios. Dicha reflexión, surgida inicialmente como un ejercicio esencialmente teórico, explica en buena medida la notable actividad internacional desarrollada por el político británico a lo largo de sus tres mandatos. Para algunos, lo más novedoso de esta ‘doctrina Blair’ es su trasfondo moral, atribuible en parte a sus profundas convicciones religiosas, lo cual le situaría al margen de las tradiciones predominantes de la cultura política británica, sobre todo en materia de política exterior. A otros, en cambio, lo que les maravilla de Blair no son sus principios, sino más bien su ‘hubris’, término de origen griego que el historiador Ian Kershaw ha definido como «esa arrogancia presuntuosa que corteja el desastre». Sea como fuere, como ha señalado John Kampfner, lo interesante es que un Primer Ministro sin experiencia política internacional embarcara a su país en cinco conflictos armados –aunque de distinta envergadura– en tan solo seis años: Irak (1998); Kosovo (1999); Sierra Leona (2000); Afganistán (2001); y de nuevo Irak (2003).¹ Sin ánimo de agotar el debate al respecto, este artículo pretende aportar algunas claves que puedan contribuir a un análisis sosegado de tan curioso fenómeno.

IRAK (1998)

Dada la importancia del conflicto de Irak a la hora de evaluar el legado de Blair, resulta muy revelador analizar las circunstancias que rodearon su participación en la campaña «Zorro del Desierto» contra

¹ Kampfner, J. (2004): *Blair's wars*. The Free Press. Página 6.

Sadam Hussein en 1998. Recién llegado al poder, el joven e inexperto Primer Ministro tenía especial interés por borrar el recuerdo de la política exterior del partido laborista de los años ochenta, generalmente percibida como débil y dubitativa, comparándose a sí mismo en ocasiones con Clement Attlee, el dirigente de su partido que dio la orden de fabricar la bomba atómica británica y apoyó a fondo a los Estados Unidos en la Guerra de Corea (recuérdese, en este sentido, que con ocasión de la Primera Guerra del Golfo, 55 diputados laboristas habían votado en contra del envío de tropas británicas). Por otro lado, desde el principio Blair se tomó muy en serio la nueva amenaza que parecían representar las armas químicas y biológicas de destrucción masiva (ADM); ya en noviembre 1997, por ejemplo, transmitió a Paddy Ashdown la profunda impresión que le había causado la información clasificada que le transmitieron al respecto sus servicios de inteligencia, hasta el punto de querer hacerla pública, como había hecho Kennedy con los misiles soviéticos instalados en Cuba en 1962, para que la opinión pública valorase por sí misma la magnitud del problema. Por último, Blair quería demostrar a Bill Clinton que su visión de la 'relación especial' entre Londres y Washington como un elemento central no sólo de la relación transatlántica sino del nuevo orden internacional liberal que debía constituirse tras la caída del Muro de Berlín, iba mucho más allá de la retórica al uso.

Por todo ello, cuando Sadam Hussein se negó a seguir colaborando con los inspectores de la ONU a finales de 1997, Blair no dudó en manifestar su disposición a intervenir militarmente para hacerle cumplir las Resoluciones previamente adoptadas, animando a Clinton a tomar cartas en el asunto. Como es sabido, a lo largo de 1998 las negociaciones entre el dirigente iraquí y Kofi Annan demostraron el escaso respeto del primero por la autoridad de la ONU, y también su notable capacidad para dividir y enfrentar a la comunidad internacional con sus fintas y amagos. De ahí que la breve pero intensa operación militar finalmente lanzada contra Sadam Hussein en diciembre de ese año por Londres y Washington no suscitara gran entusiasmo en Europa, a pesar de que nadie cuestionara seriamente su legalidad, al estar amparada por la Resolución 687 adoptada al finalizar la guerra de 1991. En todo caso, el resultado difícilmente podía considerarse un éxito, al no existir constancia de que los bombardeos hubiesen destruido las ADM que supuestamente albergaba Irak.

En el Reino Unido no faltaron quienes criticaron a Blair por acudir en auxilio de un Presidente estadounidense cuya credibilidad política se había visto mermada por el ‘caso Lewinsky’, hasta el extremo de que algunos medios no dudaron en referirse al bombardeo de Irak como ‘Monica’s war’. Más allá de su simpatía y lealtad personal hacia Clinton, cuyo ejemplo había servido de inspiración al ‘nuevo laborismo’ a lo largo de los años noventa, la firmeza del apoyo prestado por el dirigente británico puso de relieve tres rasgos de su política exterior que habrían de resultar decisivos en las crisis posteriores: primero, su convicción de que Londres solamente podría influir sobre la política estadounidense desde una posición de absoluta complicidad y cercanía, lo cual exigía, entre otros posibles sacrificios, mantenerse fiel a Washington en tiempos difíciles; segundo, su aversión personal por la dictadura de Sadam Hussein; y tercero, su negativa a aceptar que un dictador sin escrúpulos pudiese desafiar impunemente a la comunidad internacional.

KOSOVO (1999)

Desde una perspectiva interna, la operación Zorro del Desierto no tuvo un coste político elevado para Blair: los objetivos de los bombardeos eran exclusivamente militares, y no se produjeron bajas británicas, lo cual hizo posible un bautismo de fuego sin excesivos sobresaltos.

La situación era mucho más compleja en Kosovo, donde la campaña de limpieza étnica desarrollada por Slobodan Milosevic contra la mayoría musulmana de la región se intensificó a partir del verano de 1998. El dilema al que se enfrentaba Blair, al igual que otros dirigentes occidentales, consistía en valorar si estaba justificada o no una intervención militar contra un Estado soberano con el propósito de evitar la pérdida de miles de vidas humanas, sin poder contar para ello con una Resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, que sin duda sería vetada por Rusia. Su respuesta entonces fue que, en ausencia de tal Resolución, bastaba la opinión favorable de la OTAN y de la Unión Europea: si Milosevic se atrevía a desafiar a la comunidad internacional por sentirse amparado por Rusia, era importante demostrarle que el veto de Yeltsin no paralizaría a las potencias occidentales.

Los bombardeos de territorio serbio iniciados por la OTAN en marzo de 1999 tuvieron consecuencias inesperadas: lejos de tratarse

de una operación quirúrgica, como se había sostenido inicialmente, provocaron numerosas bajas civiles, y sobre todo, fueron utilizadas por Milosevic para acelerar la limpieza étnica que se había pretendido evitar. Por ello, Blair no tardó en llegar a la conclusión de que sería necesaria la presencia de tropas de la OTAN sobre el terreno, algo que Clinton deseaba evitar a cualquier precio, por entender que la opinión pública norteamericana no lo apoyaría y que además podía dividir a la Alianza. Con la esperanza de superar su reticencia, en abril de 1999 Blair habló en Chicago sobre 'La Doctrina de la Comunidad Internacional', un discurso clave en cuya elaboración jugó un papel destacado un conocido estudioso de la guerra, Lawrence Freedman. En línea con las ideas propugnadas por el ex Primer Ministro australiano, Gareth Evans, que encabezaba la llamada Comisión Internacional sobre Intervencionismo y Soberanía Estatal, el discurso defendía el derecho de intervención humanitaria en situaciones de crisis siempre y cuando se cumpliesen una serie de criterios básicos, entre ellos la voluntad de permanecer en el país en cuestión una vez completada la acción militar durante el tiempo suficiente para garantizar su reconstrucción.

Como era de esperar, el discurso de Blair, que no había sido consultado previamente con el Foreign Office, provocó una honda preocupación en ámbitos diplomáticos, tanto británicos como estadounidenses. A Henry Kissinger, que estaba entre el público en Chicago, su defensa de un intervencionismo liberal sin límites discernibles le pareció «simplemente irresponsable». Lejos de amilanarse, en mayo Blair visitó personalmente un campo de refugiados kosovares, una experiencia inédita para él que le causó una honda impresión, tras la cual comparó la limpieza étnica de Kosovo con el Holocausto judío. Poco después, ante el Parlamento de Rumania, el Primer Ministro argumentó que Serbia, al igual que Alemania tras 1945, podría integrarse en el orden internacional democrático si se desprendía de su Hitler y apostaba decididamente por la democratización; en otras palabras, un cambio de régimen en la dirección adecuada tendría su recompensa exterior. Como es sabido, al final fue una combinación de la amenaza de desplegar tropas de la OTAN sobre el terreno y la diplomacia multilateral (sobre todo con Rusia) lo que obligó a Milosevic a retirarse de Kosovo, y un año después fueron los propios yugoslavos quienes siguieron el consejo de Blair. Sea como fuere, y en contra de lo que suele afirmarse, la crisis de Kosovo revela que las ideas del dirigente

británico sobre el nuevo orden internacional habían adquirido cierta consistencia mucho antes del 11-S, y con absoluta independencia de los argumentos de los neoconservadores estadounidenses, que se encontraban entonces muy lejos de los centros de poder. También es importante recordar que, a pesar de su interés por fomentar la 'relación especial' con Washington, ello no evitó que Blair tuviese serios desencuentros con el inquilino de la Casa Blanca por lo que se consideró una actitud excesivamente apaciguadora. Por último, merece subrayarse el orgullo que experimentó el dirigente británico por el hecho de que gobernantes cristianos hubiesen arriesgado las vidas de sus soldados en defensa de una población musulmana sometida.

SIERRA LEONA (2000)

Aunque mucho menos recordada que la de Kosovo, la crisis vivida en la antigua colonia británica de Sierra Leona en 2000 ofreció a Blair una nueva oportunidad para demostrar su fe en el uso de la fuerza para hacer frente a situaciones humanitarias complejas. En mayo de ese año, su Gobierno envió un contingente de setecientos efectivos para liberar a medio millar de soldados pertenecientes a una fuerza multinacional de la ONU que se encontraba en el país para evitar una guerra civil entre dos facciones rivales, y para evacuar a la población extranjera. En agosto, cuando ya habían cumplido su tarea, once soldados británicos fueron tomados rehenes por las fuerzas rebeldes, obligando a Blair a enviar un segundo contingente, que, en una brillante operación de rescate, pudo liberarles con éxito. Casi sin proponérselo, el objetivo de la presencia británica pasó de ser una acción puntual claramente definida a ser el mantenimiento de la paz durante un periodo de tiempo difícil de precisar, que se prolongaría varios años. Sin embargo, lejos de arrepentirse, la crisis de Sierra Leona no hizo sino alimentar el interés de Blair por involucrarse en los problemas de África, que se plasmaría un año después en el *New Partnership for Africa's Development* (Nepad), cuya principal novedad radicaba en la oferta de condonaciones de la deuda y ayuda al desarrollo condicionadas a la implementación de reformas políticas y económicas. Lamentablemente, el deterioro de la situación de Zimbabwe bajo la dictadura de Robert Mugabe y la actitud adoptada al respecto por

África del Sur no facilitó precisamente el desarrollo de esta iniciativa. Algún tiempo después, a los pocos días de la invasión de Irak, Blair comentaría a un allegado: «me preguntan a menudo por qué no nos liberamos de Mugabe. No lo hago porque no puedo, pero cuando es posible, debe hacerse». En suma, el objetivo de eliminar dictaduras y establecer democracias mediante cambios de régimen en lo que poco tiempo después comenzaron a denominarse ‘rogue states’ (‘Estados hampones’) –que fue adoptado formalmente por la Administración Clinton ya en diciembre de 1999 en relación con Irak, aunque nada hiciera al respecto– ya formaba parte de la ‘doctrina Blair’ al producirse el cambio de siglo, aunque de forma todavía incipiente.

LOS ATAQUES TERRORISTAS DEL 11 DE SEPTIEMBRE Y AFGANISTÁN (2001)

Blair fue sin duda el político extranjero que con mayor intensidad y emoción reaccionó a los ataques del 11-S contra los Estados Unidos. A pesar de la estrecha relación que había forjado con Clinton, tras la llegada de George Bush a la Casa Blanca en enero de 2001, el dirigente británico tuvo menos dificultades de las inicialmente previstas para ganarse la confianza del nuevo Presidente. Desde 1997 Blair había acumulado una notable experiencia internacional, de la que Bush carecía por completo, y éste no dudó en acudir a él en busca de información e incluso consejo, sobre todo en lo referido a la relación con Rusia. Por otro lado, y a pesar de tratarse de situaciones muy diferentes, el hecho de ser atacados en su propio territorio por vez primera desde Pearl Harbour fomentó en Washington el recuerdo de la resistencia británica contra Hitler, y, por extensión, de la relación surgida entonces entre Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill. Si durante la crisis de Kosovo algunos asesores de Clinton, irritados con Blair por su acusada beligerancia, le llamaban ‘Winston’ a sus espaldas en tono jocoso, tras el 11-S las referencias a los años cuarenta se convirtieron en una poderosa fuente de inspiración mutua. Al fin y al cabo, el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial siempre había formado parte de la ‘relación especial’, hasta tal punto que, en su primera visita oficial a Washington en 1998, Blair hizo un alarde de sentimentalismo al citarle a Clinton las frases bíblicas que Harry Hopkins, el enviado

especial de Roosevelt, utilizó en su día para transmitirle a Churchill la solidaridad del pueblo norteamericano: «Whither thou goest I will go, and whither thou lodgest I will lodge. Thy people shall be my people, and thy God, my God». Nadie evocaba mejor que Churchill la intensidad de la relación anglo-americana en tiempos difíciles, y Blair no dudó en ceder a Bush un busto de Churchill para que lo colocara en el Despacho Oval.

Es importante recordar que la preocupación principal de Blair al tener noticia de la accidentada elección de Bush a principios de 2001 fue el temor a su introspección y a su escaso interés por los asuntos internacionales. En cambio, su obsesión tras el 11-S no fue otra que la de evitar que la Administración norteamericana actuara con precipitación, lanzando un ataque desproporcionado que pudiera resultar contraproducente. En los días inmediatamente posteriores a los ataques, ningún político extranjero estuvo tan cerca de Bush como el Primer Ministro británico, que finalmente vio cumplida su ambición de actuar como ‘puente’ entre los Estados Unidos y el resto del mundo: en tan solo ocho semanas, Blair voló 40.000 millas para poder reunirse con cincuenta y cuatro líderes mundiales, incluyendo a Mohammed Khatami de Irán, convirtiéndose en el primer dirigente británico en establecer contacto a tan alto nivel desde la caída del Sha en 1979. En sus conversaciones, el Primer Ministro británico repetiría incasablemente dos ideas centrales: primero, que el 11-S no debía interpretarse como un ataque del Islam contra Estados Unidos, sino como un conflicto entre la civilización y la barbarie; y segundo, que la derrota del terrorismo internacional requería la creación de una amplia coalición mundial.

Aunque no cabe atribuir la decisión exclusivamente a la influencia moderadora de Blair, tras contemplar brevemente la posibilidad de actuar contra Irak, a pesar de no haberse descubierto ningún vínculo entre dicho país y Al Qaeda, Bush accedió a centrar su atención en el régimen talibán de Afganistán, que había amparado públicamente a Osama ben Laden. La relación entre ambos constituía un ejemplo palmario de lo que podía ocurrir si se permitía la proliferación de ‘rogue states’, aunque tampoco existía evidencia alguna de que el régimen talibán hubiese participado en la acción de Al Qaeda contra los Estados Unidos. Si bien Blair hizo suyo el concepto estadounidense

de la 'guerra global contra el terrorismo', a la hora de justificar el derrocamiento del primero, el dirigente británico puso el énfasis en la dimensión humanitaria, y en los cuatro millones de refugiados afganos desplazados por aquél, a la vez que recordaba las consecuencias beneficiosas de la intervención de la OTAN en Kosovo, y el coste de la no intervención en Ruanda. Más aún, y en contraste con la retórica crecientemente belicista de la Administración norteamericana, en un discurso ante el congreso del partido laborista pronunciado en octubre de 2001, que algunos compararon con el discurso inaugural de la presidencia Kennedy en enero de 1961, Blair habló del 11-S como un trauma que podía tener consecuencias positivas, como una oportunidad para llevar a cabo cambios profundos en la gobernanza mundial: «No dejemos pasar este momento. El caleidoscopio ha sido agitado. Las piezas se están moviendo. Pronto se asentaran de nuevo. Antes de que lo hagan, reordenemos el mundo que nos rodea». Ante todo, el dirigente laborista creía posible aprovechar la crisis para impulsar el proceso de paz en Oriente Medio, lo cual contribuiría a demostrar a los países árabes moderados que Occidente no estaba actuando contra el Islam, sino contra los enemigos de la paz y la democracia (recuérdese al respecto que el 2 de octubre de 2001, Bush anunció públicamente que apoyaría la creación de un Estado palestino, algo que ningún Presidente estadounidense había hecho hasta entonces). Al igual que la mayoría de los dirigentes europeos, Blair temía que sin avances en el proceso de paz, los Estados árabes difícilmente participarían activamente en la lucha antiterrorista. De ahí que, armado de un ejemplar aparentemente manoseado del Corán, se empeñara en girar visitas extenuantes a Egipto, Siria, Omán, Jordania y Arabia Saudita, periplo en el que seguramente constató que las piezas del caleidoscopio eran menos volátiles de lo que había imaginado. Y de ahí también sus esfuerzos con el Presidente de Pakistán, el general Pervez Musharraf, a quien ofreció su ayuda para rehabilitarle ante la comunidad internacional de la que había sido excluido tras su golpe militar de 1999, a cambio de su colaboración contra los talibanes y Al Qaeda.

A raíz de la campaña militar en Afganistán iniciada en octubre de 2001, que contó con una nada desdeñable aportación británica, se produjeron los primeros conflictos serios entre la visión de Blair y la de Bush. Curiosamente, fue el primero quien insistió en publicar un informe titulado *Responsibility for the Terrorist Atrocities in the United*

Cuadernos de pensamiento político

States para justificar la invasión de Afganistán, algo que el segundo estimó innecesario. Como ya se ha dicho, el esfuerzo diplomático realizado desde Londres –uno de cuyos resultados más importantes fue la postura benévola de Vladimir Putin, que exigió a cambio una actitud comprensiva hacia el conflicto checheno– fue muy superior al efectuado desde Washington. Por último, sin la frenética actividad diplomática de Blair seguramente no se habrían reunido dieciséis naciones en torno a la Fuerza Internacional para la Asistencia y Seguridad de Afganistán (ISAF); los Estados Unidos querían hacer la guerra por su cuenta, y en aquellos momentos tampoco le prestaron mucha atención al posterior proceso de reconstrucción de Afganistán. Afortunadamente, Kabul cayó el 14 de noviembre de 2001, antes de que muchas de estas desavenencias se hicieran públicas. No obstante, la crisis dejó un legado de fricciones que suscitó dudas importantes sobre la tesis reiteradamente defendida por Blair, en el sentido de que sólo un apoyo incondicional a Bush en público le permitiría hablarle con absoluta franqueza en privado. Por si fuera poco, y como ya se comprobó en la famosa cena celebrada en Downing Street a principios de ese mismo mes con presencia de los principales dirigentes europeos, las dudas de Francia y Alemania sobre las verdaderas intenciones de Bush amenazaban con socavar el papel de Blair como ‘puente’ entre Europa y Estados Unidos.

IRAK (2002-2003)

Incluso antes de la caída de Kabul, Blair tuvo constancia de que la invasión de Afganistán era percibida en Washington como la primera fase de una actuación más amplia en la zona. En el verano del 2001, meses antes del 11-S, Condoleezza Rice le confesó que «Sadam Hussein está en la pantalla del radar de esta Administración», visto lo cual cabe concluir que es probable que se hubiera producido un conflicto con Irak aunque no hubiesen ocurrido los ataques terroristas. Como vimos, incluso Clinton consideraba conveniente derrocar al dictador iraquí, y sus sucesores aportaron dos novedades que lo hicieron todavía más probable: por un lado estaba la idea acuñada por el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, de que ‘la coalición no debe determinar la misión’, y por otro, la noción del ataque preventivo, planteada

por Bush en junio de 2002 en un discurso en la academia militar de West Point. Según la versión aportada por Bob Woodward, Rumsfeld se refirió a Irak como un posible objetivo el día después de los ataques terroristas, pero Bush no le pidió que se actualizaran los planes para una posible invasión del país hasta finales de noviembre ². No obstante, la referencia del Presidente a la existencia de un 'eje del mal' que incluía a Irak en su *Discurso sobre el estado de la Unión* de enero de 2002 sorprendió a Blair, pero a diferencia de otros líderes europeos, ello no modificó sustancialmente su actitud hacia la Administración norteamericana, aunque sí le obligó a explicarse ante los miembros de su propio gabinete. En estos debates internos, el Primer Ministro les recordó que su gran temor siempre había sido que el Presidente norteamericano actuara de forma unilateral, y que, para llevar a cabo los cambios que estimaba necesarios en el Oriente Medio y África, era imprescindible el apoyo decidido de los Estados Unidos. A su entender, todavía podía ejercer una cierta influencia benéfica sobre Bush, oportunidad que se perdería si se oponía públicamente a él y se distanciaba de sus proyectos.

De la documentación actualmente disponible, minuciosamente recopilada por Anthony Seldon, se desprende que Blair se comprometió formalmente a apoyar a Bush en Irak durante su visita al rancho de éste en Crawford en abril de 2002, fijándose como posibles fechas para la invasión la primavera del 2003 o, en su defecto, el otoño del mismo año ³. No obstante, debe subrayarse que en dicha entrevista el dirigente británico vinculó una acción de este tipo al cumplimiento de tres condiciones: primero, el avance del proceso de paz en Oriente Medio; segundo, la forja de una amplia coalición internacional; y tercero, la cooperación con la ONU. Como afirmaría posteriormente Richard Armitage, el segundo de Colin Powell en la Secretaría de Estado, la respuesta que Blair quiso dar fue un 'sí, pero'; sin embargo, es posible que Bush escuchara el sí, pero ignorara el pero. Por su parte, Kampfner ha sostenido que a partir de ese momento Blair se sumó de forma irreversible a los planes de guerra norteamericanos, como demostraría el hecho de que, al regresar a Londres, pidió al Ministro de

² Woodward, B. (2002): *Bush at war*. Simon & Schuster. Página 35; y Woodward, B. (2004): *Plan of attack*. Simon & Schuster. Página 3.

³ Seldon, A. (2004): *Blair*. The Free Press. Páginas 569-570.

Economía, Gordon Brown, que retocara el presupuesto que debía presentarse en abril para tener en cuenta el gasto adicional que supondría la invasión de Irak. En cambio, autores como Seldon insisten en que con ello Blair solamente pretendía hacer creíble la amenaza del uso de la fuerza, y que hasta marzo de 2003 no abandonó por completo la esperanza de poder evitar un conflicto armado.

Como cabía esperar, a lo largo de la primavera-verano de 2001, la oposición a una invasión de Irak fue en aumento tanto entre los diplomáticos y asesores jurídicos del Foreign Office como entre el grupo parlamentario laborista. En vista de ello, en julio Blair envió a Washington a su asesor diplomático, David Manning, para transmitirle que no podría participar en un ataque a Irak sin apoyo internacional. El mensaje fortaleció la posición del Secretario de Estado, Powell, que logró convencer a Bush de la necesidad de acudir al Consejo de Seguridad de la ONU a principios de agosto. No obstante, poco después el Vicepresidente Dick Cheney, cuyo instinto unilateralista era especialmente temido en Londres, sostuvo públicamente que el envío de inspectores no solucionaría el problema. Sus declaraciones no hicieron sino confirmar las dudas que ya albergaba Blair sobre la influencia real de Powell, que era visto por algunos en Washington como el embajador especial del Primer Ministro británico, más que como un portavoz autorizado de la Administración. Ante la duda, Blair visitó de nuevo al Presidente norteamericano el 7 de septiembre, para la que habría de ser la reunión más importante de todo el proceso. En ella, Bush se comprometió a darle a la ONU una última oportunidad de desarmar a Saddam Hussein; a cambio, su interlocutor prometió apoyar la invasión de Irak si se fracasaba. En un ejemplo notable del 'hubris' al que tantas veces se han referido sus críticos, Blair también le aseguró que lograría convencer a los principales dirigentes europeos de la necesidad de apoyar a los Estados Unidos, aunque no ocultó que para ello resultaría enormemente útil contar con el visto bueno de la ONU.

Para muchos observadores, la entrevista de septiembre fue el punto de no retorno para Blair, y posiblemente, una importante ocasión perdida. A decir de sus críticos, no hizo suficiente hincapié en las condiciones que había planteado en abril, sobre todo en la necesidad de forjar una amplia coalición internacional, ni en la necesidad de contar con la ONU no solamente para contentar a su grupo parlamentario o

a ciertos líderes europeos, sino porque el proceso de reconstrucción posterior sería sin duda mucho más complejo sin el apoyo de la comunidad internacional. Por otro lado, es dudoso que Bush aceptara acudir a la ONU como resultado de la presión de Blair, aunque éste fuese uno de los argumentos más utilizados por Powell para persuadirle. Sea como fuere, a partir de ese momento los norteamericanos dieron por sentado que, con independencia de lo que ocurriese en la ONU, podrían contar con el apoyo de Blair. Por su parte, éste sabía que irían a la guerra con o sin él, y ya había aceptado que su participación en un ataque a Irak sería el precio que tendría que pagar a cambio de mantener su relación privilegiada con Bush. Fiel a su promesa, el 12 de septiembre de 2002 éste confirmó ante la Asamblea General de la ONU que trabajaría con el Consejo de Seguridad para obtener «las Resoluciones necesarias», un uso involuntario del plural que no hizo sino aumentar la confusión ya existente al respecto.

Como ya había hecho un año antes para justificar el bombardeo de los campamentos de Al Qaeda en Afganistán, Blair quiso dar a conocer la evidencia disponible sobre las ADM en posesión de Sadam Hussein para que la opinión pública británica pudiera tener conocimiento de la amenaza que representaban. Algunos de sus asesores temieron que ello pudiese resultar contraproducente, ya que trasladaba la carga de la prueba al Gobierno británico: seguramente, era más prudente exigir a Sadam Hussein que demostrara que no poseía ADM que pedir a Blair que demostrara que sí las albergaba. Dada la inexistencia de pruebas concluyentes al respecto, el dossier que éste presentó al Parlamento el 24 de septiembre, titulado *Iraq's Weapons of Mass Destruction. The Assessment of the British Government*, no resultó tan convincente como hubiese deseado. A pesar de que, desde la salida de los inspectores en 1998, no se tenían noticias fidedignas al respecto, el Primer Ministro cometió la imprudencia de sostener que el programa de ADM del dictador iraquí «está activo, es detallado, y está creciendo», llegando a afirmar que «las fuerzas armadas iraquíes pueden desplegar armas químicas y biológicas a los cuarenta y cinco minutos de haber recibido la orden de hacerlo». Algún tiempo después se comprobó que este dato provenía de una sola fuente, no corroborada por otras, y se refería a armas que sólo podían utilizarse en el teatro de operaciones, y que por lo tanto no suponían una amenaza internacional, como se había sugerido. También se constató posteriormente que era falso que Irak hubiese intentado obtener uranio en-

riquecido en Nigeria. No obstante, la comisión de investigación creada un año después bajo Lord Hutton para investigar las alegaciones del periodista de la BBC Andrew Gilligan, según el cual la información aportada por los servicios secretos había sido manipulada intencionadamente por Downing Street, no encontró ninguna evidencia al respecto. Aunque sin duda cabe afirmar que depositó una confianza excesiva en sus servicios de inteligencia, y que éstos cometieron algunos errores sorprendentes, de la información disponible sólo cabe deducir que Blair siempre estuvo genuinamente convencido de la existencia de ADM en Irak. De no haber sido así, difícilmente hubiese insistido tanto en la necesidad de que los inspectores de la ONU pudiesen retomar el trabajo interrumpido en 1998.

Durante el otoño de 2002, Blair procuró jugar a fondo el papel de puente entre Estados Unidos y Europa (sobre todo Francia), a fin de obtener del Consejo de Seguridad una Resolución que obligara a Saddam Hussein a optar entre la colaboración con la comunidad internacional o las «graves consecuencias» que acarrearía su incumplimiento. En cierta medida, la Resolución 1441, aprobada por unanimidad en noviembre, contentó a ambas partes: Washington no obtuvo el vínculo automático que buscaba entre un posible incumplimiento y el uso de la fuerza, pero París tampoco consiguió hacer explícita la necesidad de una nueva Resolución para autorizar la guerra. Si Saddam Hussein hubiese rechazado la 1441 de antemano, el Consejo de Seguridad no habría tenido más remedio que sancionar una intervención, pero, fiel a sus costumbres, el mandatario iraquí lo hizo sólo a medias, logrando dividir una vez más a sus adversarios. Aunque accedió al regreso de los inspectores, Blair consideró manifiestamente insuficiente el informe que presentó a la ONU el 7 diciembre 2002, lo cual podía interpretarse como «una nueva violación grave de las obligaciones de Iraq», como rezaba el artículo cuarto de la Resolución 1441. Para Blair, la respuesta iraquí fue una sorpresa: nunca pensó que les entregaría toda la información sobre sus ADM, pero sí lo suficiente como para mantener vivo el proceso; por otro lado, si ya no las tenía, había dejado escapar su última oportunidad de demostrarlo.

Si en septiembre Blair había necesitado una conversación privada con Bush para asegurarse de que acudiría a la ONU, a finales de enero volvió a pedirla para obtener su apoyo a la búsqueda de una ‘segunda’ Resolución. A pesar de que Jacques Chirac había declarado

poco antes que «la guerra es siempre un reconocimiento de fracaso», el Primer Ministro británico no descartaba un eventual apoyo de Francia, y se había sentido reconfortado por la publicación de la llamada ‘carta de los ocho’, en la que los Gobiernos de España, Italia, Portugal, Dinamarca, Hungría, Polonia y la República Checa se le habían unido para declarar que «el régimen iraquí y sus armas de destrucción masiva representan una amenaza clara a la seguridad mundial». Sin embargo, Bush no mostró gran interés por una nueva Resolución, y tampoco se comprometió a definir una ‘hoja de ruta’ para el proceso de paz en Oriente Medio que hubiese permitido a Blair contrarrestar el escepticismo de quienes comenzaban a poner en duda su influencia en la Casa Blanca. Para entonces, algunos sectores influyentes de la Administración norteamericana le culpaban de haberle tendido a Bush una trampa –intencionadamente o no– al animarle a seguir la ruta de la ONU, de desenlace cada vez más incierto.

Quienes tienden a ver a Blair como la víctima principal de su propio exceso de ‘hubris’, aducen como prueba suprema de ello su sorprendente fe en su capacidad de obtener una nueva Resolución de la ONU que le permitiese embarcarse en una ambiciosa acción militar en Irak con el visto bueno –o al menos la aquiescencia– del Consejo de Seguridad. Para sumar los nueve votos que requería su aprobación, además de evitar el veto de los tres miembros permanentes del Consejo potencialmente hostiles (China, Rusia y Francia), era necesario obtener el apoyo de al menos cinco miembros no permanentes, pues en aquellos momentos sólo contaba con el apoyo seguro de Estados Unidos, Reino Unido, España y Bulgaria, y difícilmente podía sumar el de Alemania o Siria. En vista de ello, Blair centró su atención en los países que no se habían alineado explícitamente con ninguno de los dos bloques: Pakistán, Angola, Camerún, Chile, Guinea y México. Los chilenos se mostraron especialmente creativos, proponiendo que se fijaran unos baremos objetivos para medir el grado de cumplimiento de los iraquíes, pero la Administración Bush hizo poco por ayudar al Primer Ministro británico en su cruzada diplomática. A ello contribuyó sin duda el hecho de que, tras publicar un primer informe muy crítico hacia los iraquíes en enero, el máximo responsable de las inspecciones, Hans Blix, fue mostrándose cada vez más positivo en relación con las mismas, lo cual fomentó la sensación de que, si se les otorgaba más tiempo, los inspectores terminarían por localizar las

ADM. En realidad, ello no hizo sino dar la razón a quienes habían temido que se invirtiese la carga de la prueba: nunca se le debió exigir a Blix que localizara las armas, sino a Sadam Hussein que demostrase que las había destruido. Sea como fuere, las sorprendentes declaraciones de Chirac el 10 de marzo, anunciando que Francia vetaría una nueva Resolución con independencia de las circunstancias que rodeasen su aprobación, dieron definitivamente al traste con los esfuerzos de Blair, ya que carecía de sentido exigirles nuevos esfuerzos a los miembros no permanentes del Consejo de Seguridad. El Primer Ministro británico nunca se esperó esta actuación francesa, y a pesar de que supuso un pretexto inmejorable para dar por zanjada la vía diplomática, no era ése el resultado que hubiese deseado. Por otro lado, tampoco creyó haber perdido el tiempo por completo, ya que su acción diplomática también alejó la posibilidad de que se presentara una Resolución condenando la intervención militar, como había pretendido Rusia en relación con Kosovo, y que hubiese obligado a Washington y a Londres ejercer su poder de veto.

Fracasada la vía diplomática, Blair se aprestó a cumplir su parte del acuerdo alcanzado con Bush en la reunión de septiembre del año anterior. Sin embargo, alarmado por la posibilidad de que una guerra impopular pudiese provocar la caída de su más firme aliado, éste le ofreció la posibilidad de no intervenir militarmente en el derrocamiento de Sadam Hussein, y de sumarse más adelante a las tareas de pacificación, oferta que Blair rechazó sin titubeos. En conversaciones con sus allegados, éste justificó su decisión de no echarse atrás con tres argumentos: primero, una retirada británica no haría sino alimentar los instintos unilateralistas de la Administración norteamericana; segundo, Sadam Hussein constituía una seria amenaza para la paz mundial; y, finalmente, la crisis vivida en el Consejo de Seguridad había demostrado que, tras doce años de presión diplomática, la comunidad internacional seguía siendo incapaz de desarmarle. A pesar de no ser necesaria la autorización del Parlamento para sancionar el envío de tropas al extranjero, el 18 de marzo el Primer Ministro defendió su decisión ante los Comunes, provocando la rebelión de 139 diputados laboristas, pese a la cual la lealtad de los restantes le permitió prescindir del apoyo del partido conservador para mantenerse en el Gobierno.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo de estas páginas se ha querido subrayar que la postura de Blair hacia Irak no surgió de una lectura apresurada del 11-S, sino de una reflexión anterior, que pretendía dar respuesta a la necesidad de crear un nuevo orden internacional liberal que permitiera superar las incertidumbres de la posguerra fría, y que databa prácticamente de 1997. No obstante, la principal diferencia entre la política de Blair y la de Bush se refiere precisamente a sus respectivas interpretaciones de las consecuencias de los ataques terroristas. Para el segundo, el 11-S inauguró una nueva fase en las relaciones internacionales, caracterizada por una 'guerra' global contra el terrorismo, de imprevisible duración. Para el primero, en cambio, tuvo como resultado inesperado la apertura de una ventana de oportunidad que, de ser aprovechada correctamente, podría dar lugar a un nuevo consenso internacional, en el marco del cual podrían resolverse algunos de los grandes problemas a los que se enfrentaba la humanidad. Este idealismo internacionalista, de marcado sabor wilsoniano, es lo que explica la aparente paradoja de que Blair se asemejara más a los 'neocon' estadounidenses que a los realistas tradicionales de la escuela de Kissinger. Así se desprende, por ejemplo, de las palabras que pronunció en abril de 2002 en la biblioteca presidencial de George Bush (padre): «Como Primer Ministro, he estado involucrado en tres conflictos que conllevaban un cambio de régimen («regime change»): Milosevic, los talibanes, y Sierra Leona». Irak, por lo tanto, no representaría una gran novedad. Sin embargo, y a diferencia de los 'neocon', Blair fue siempre reacio a defender públicamente la promoción de la democracia por la fuerza, política que, si en Estados Unidos podía considerarse novedosa, en el contexto británico resultaba poco menos que revolucionaria.

Sin duda, Irak marcará para siempre el recuerdo de la etapa de gobierno de Blair; seguramente ocupará un papel más importante que el conflicto de las Malvinas en relación con la 'era Thatcher', pero pesará menos que la crisis de Suez en el legado de Anthony Eden. Por ello, resulta ineludible plantearse la pregunta central: ¿por qué apoyó Blair la decisión norteamericana de derrocar a Saddam Hussein? A diferencia de la Administración Bush, el Primer Ministro británico nunca avaló la existencia de una relación directa entre Ben Laden y el dictador iraquí, tesis formalmente rebatida posteriormente en los Es-

tados Unidos. En cambio, sí creía, desde mucho antes del 11-S, que Sadam Hussein era una amenaza para su propio pueblo y para la región, como había demostrado al invadir Kuwait; al igual que los ‘neocon’ que trabajaban con Bush tras haber servido a las órdenes de su padre, llegó a la conclusión de que había sido un error permitir que se mantuviera en el poder en 1991. Una vez en Downing Street, la información que le suministraron los servicios de inteligencia le convencieron de que Sadam Hussein estaba dispuesto a utilizar sus ADM, y que también pretendía desarrollar armas nucleares, objetivos que le convertían en una amenaza nada desdeñable para la paz mundial.

A diferencia de los ‘neocon’, Blair temía que la impunidad con la que el dictador iraquí venía desafiando a la ONU, de forma especialmente flagrante desde 1998, amenazaba con debilitar la credibilidad de la comunidad internacional, y, como abogado, tampoco era insensible a la importancia del derecho internacional. Por ello, siempre fue partidario de que una acción militar contra Irak contase con el aval del Consejo de Seguridad, si bien es cierto que desde la crisis de Kosovo no estaba dispuesto a aceptar que la amenaza de veto de un miembro permanente del mismo pudiese pesar más que el derecho (y el deber) de intervenir en defensa de una causa justa. Paradójicamente, su búsqueda desesperada de una ‘segunda’ Resolución más explícita, que siempre creyó posible, se debió no solamente a la creciente necesidad de tranquilizar a la opinión pública británica, sino sobre todo, al deseo de evitar a toda costa una fractura de la comunidad internacional que dejara irremisiblemente aislados a los Estados Unidos.

Es sin duda la determinación con la que Blair apoyó a Bush en 2001-2003 a pesar del elevado coste político interno que podía acarrear lo que más cuesta comprender a muchos, incluido quizás el propio Presidente norteamericano. Ciertamente, Blair ha sido acusado a menudo de haberse convertido en el *poodle* de los Estados Unidos durante esos años. Sin embargo, como ya vimos, en 1998 fue él quien instó a un Clinton dubitativo a actuar contra Sadam Hussein por temor a que, de no hacerlo, se envalentonaría cada vez más. A principios de 2001 utilizó el mismo argumento para justificar los ataques anglo-norteamericanos destinados a castigar las infracciones cometidas en la zona de exclusión aérea, y poco después definiría al dictador iraquí como un «pecador en serie en lo referido a las ADM y una amenaza al mundo

exterior». Hasta la primavera del 2002, por tanto, su actuación ofrecía más motivos para caricaturizarle como el tradicional *bulldog* de la iconografía política británica que como a un delicado *poodle*.

Más allá del peso internacional y el prestigio que pudiese otorgarle su indudable proximidad a la gran superpotencia, su objetivo prioritario no fue otro que el de influir sobre Washington de forma constructiva, para procurar que no se cerrase la ventana de oportunidad a la que antes nos hemos referido. Como explicó por carta a su amigo el Arzobispo de Canterbury en marzo de 2002, «mis objetivos no pueden ser otros que los de conducir a los americanos hacia una estrategia sensata en Irak, contemplar acciones militares sólo en las circunstancias adecuadas, y ampliar esa estrategia hasta hacerla global, para que incluya al proceso de paz en Oriente Medio, África, y la reconstrucción de Afganistán». Para sus críticos, esta confianza casi ilimitada en su capacidad de influencia es el ejemplo más extremo de 'hubris', al que nos venimos refiriendo, y la fuente de todos sus errores. Algunos sostienen que una actitud más crítica, tanto en público como en privado, hubiese servido para recordarle a Washington que no siempre podía dar por hecho el apoyo de Londres. Evidentemente, esta posibilidad también fue contemplada por Blair, que sin embargo concluyó que sólo una lealtad a prueba de fisuras le otorgaría la influencia deseada.

La pregunta clave, evidentemente, es si los resultados obtenidos justifican la magnitud del esfuerzo realizado. Ciertamente, la influencia de Blair sobre la Administración Bush en algunos asuntos a los que Londres otorgaba una gran importancia, como la consolidación del proceso de paz en Oriente Medio, resultó más bien escasa, aunque la adopción de la 'hoja de ruta' por la que tanto batalló el dirigente británico no debe considerarse un hecho menor. Por otro lado, la muerte de Yaser Arafat y la retirada israelí de Gaza permitieron remover algunos de los obstáculos en los que se había encallado la acción diplomática de Blair. En Afganistán, que recibió su visita antes que la de ningún mandatario extranjero, el papel de la ISAF y los avances nada desdeñables hacia la democracia producidos hasta la fecha reflejan en no poca medida su empeño por involucrar a la comunidad internacional en las tareas de reconstrucción económica y política. En lo que a Irak se refiere, la aportación militar británica a la invasión adquirió una importancia mayor de la inicialmente prevista por Washington

tras la negativa de Turquía a permitir un ataque desde su territorio, y también animó a otros Estados, como Australia, Polonia, y Holanda, a participar en la misma; en este ámbito, al menos, los esfuerzos de Blair por evitar el aislamiento de los Estados Unidos tuvieron cierto éxito.

En cambio, el papel de Londres en la definición de la estrategia para la posguerra fue muy menor, algo que sin duda cabe lamentar. La decisión norteamericana de dismantelar el Ejército y las fuerzas de seguridad iraquíes, por ejemplo, nunca fue compartida por el mando británico. Esta situación puso de manifiesto el enorme riesgo que corrió Blair al involucrarse por completo en una operación militar cuyo éxito a medio y largo plazo dependería de factores sobre los que nunca podría ejercer una influencia determinante. Evidentemente, el hecho de que no se encontrara evidencia alguna de la existencia de ADM tras la guerra supuso un duro golpe para su credibilidad, y quizás incluso para su legendaria confianza en sí mismo, fundamentalmente por haber sido el motivo formalmente aducido para justificar la invasión. Sin embargo, y como ya vimos, desde principios de 2002 el Primer Ministro también otorgaba una importancia prioritaria a la democratización de Irak, objetivo que, a pesar de las notables dificultades que sigue planteando, puede considerarse hoy más próximo que nunca.

Los griegos antiguos atribuían el concepto de 'hubris' a quienes causaban daños a otras personas o arremetían contra la naturaleza de las cosas, debido a su engreimiento y orgullo de poder. Los dioses no soportaban al hombre presuntuoso culpable de perpetrar 'hubris', que por ello encuentra en las tragedias griegas su castigo a manos de la diosa Némesis, que impartía justicia y castigaba la desmesura. Es posible que la visión de Blair de la construcción de un nuevo orden internacional liberal, brevemente perfilada en este artículo, haya pecado en ocasiones de esa presunción que se atribuye a la 'hubris'. Sin embargo, sería injusto cerrar estas páginas sin recordar también la valentía y generosidad con las que defendió sus convicciones más profundas, mostrándose dispuesto a pagar un elevadísimo precio político por ello. Confíemos, pues, en que los dioses griegos sepan tenerlo en cuenta.